Master Negative Storage Number

OCI00044.18

Vida, hechos y hazanas del famoso bandido

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 18

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00044.18

Control Number: ADT-5731
OCLC Number : 29733367
Call Number : W 381.568 H629 v.4 VIDA
Title : Vida, hechos y hazanas del famoso bandido y cabecilla Rosa Samaniego.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Rosa Samaniego.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 1/22/94
Camera Operator: RT

(TRES PLIEGOS

VIDA, HECHOS Y HAZANAS

DEL

FAMOSO BANDIDO Y CABECILLA

ROSA SAMANIEGO.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

ES PROPIEDAD.

W 381.568
H629 v.4
VIDA

ROSA SAMANIEGO.

CAPITULO I.

Lo que era la partida del cura Santa Cruz.—La *Sima del Roquinca*.—El cura de Santa Cruz á caballo.—El héroe de esta historia.—La cena y el descanso del cura.—La prueba del rom.—El triunfo de Rosa Samaniego.

Las guerras civiles, más que ningun otro suceso de la vida humana, producen séres excepcionales que dejan siempre detrás de sí una memoria bien triste y lamentable de sus actos y de su nombre. No parece sino que el fanatismo político ó la perversion moral del individuo arrastra á ciertos séres á vivir del esterminio, de la sangre y del asesinato, y diríase que algunos, olvidando que tienen entrañas de hombre, se hacen más temibles que las fieras de los bosques, porque ahogando en su corazon todo sentimiento humanitario, solo piensan en matar y en destruir.

La última guerra pasada no ha dejado de presentar esta clase de personajes terribles, y conocidas son aún las atrocidades del cura Santa Cruz, que á hombre de una bandera que predicaba la paz y la religion, hacia la guerra más encarnizada á la verdadera religion y á la verdadera paz. Pues bien, conociendo las atrocidades de aquel cabecilla, que dando alas á su instinto sanguinario, hasta llegó á hacerse ódioso á sus mismos partidarios; sabiendo como se sabe, que el mencionado cura de Santa Cruz, desconociendo hasta la autoridad de su rey don Cárlos, el *niño Terso*, tuvo que dejar al fin y al cabo su partida para no ser fusilado por sus mismos compañeros de armas, no se extrañarán que presentemos, como punto de partida á nuestra historia, el hecho siguiente, por el cual principiaremos á dar á conocer al *héroe* de nuestra historia.

Cuando el famoso y celebérrimo cura de Santa Cruz conoció que estaba en el caso de marcharse á Francia para huir de un decreto de don Cárlos, por el cual se mandaba que se le prendiese y juzgase por los delitos que habia cometido á pretexto de la guerra civil, llevó su partida al corazon de Navar-

ra, en un valle inmediato á Estella, y el cual está rodeado de profundos precipicios. Este triste y sombrío valle está cubierto en el fondo de grandes y copudos abetos y encinas, y en el fondo se vé, entre peñascos y derrubaderos, un profundo precipicio que es conocido en el país con el temeroso nombre de la *Sima de Esquinza* Por muy sereno que sea el ánimo de la persona que examine aquella espantosa caida, no puede menos de temblar, pues solo se descubren sombras, vapores, y sordos y misteriosos bramidos que hacen más horrible aquel apartado paraje. Los pastores y campesinos huyen de él, pues es fama entre la gente sencilla que allí se reunen espíritus del otro mundo, y en tiempos normales, desde época muy antigua, nadie se atreve á acercarse á la referida sima, de la que se cuentan historias de fantasmas, y de asesinatos y crímenes tremendos.

Inmediato al abismo que acabamos de describir, hay un elevado peñasco, y sobre éste se vé un castillo arruinado, del que recientemente los carlistas hicieron una fortificacion auxiliar para sus operaciones. La puerta principal se ha reforzado con un puente levadizo, y un centinela con boina y fusil se pasea á lo largo del referido puente, no sin mirar á la sima, en cuyo fondo resuenan los más tristes rumores.

A la caida de la tarde de los últimos dias de Marzo de 1873, y cuando de montaña en montaña se difundian los gritos de guerra, apareció en el valle de Esquinza la partida del cura de Santa Cruz en el estado de completo desórden, que constituia la disciplina de su jefe: marchaba este montado en un buen caballo negro, y sus ojos de tigre medio entornados, parecian revelar una lucha interior tanto más fuerte cuanto mayor era la preocupacion que lo dominaba. Iba con la cabeza inclinada como el hombre que se encuentra en una situacion apurada, hasta que de este modo llegó á las inmediaciones del castillo, que estaba encima del peñasco del Esquinza. La gente de aquella banda desordenada, murmuraba por lo bajo, tanto más cuanto recibió la órden de permanecer con las armas en la mano, en vez de ser autorizada para descansar. El cura de Santa Cruz se dirigió entonces al puente levadizo, mandó que encendiesen fuego en una chimenea antigua que habia en una sala baja, hizo poner una mesa, la cual se llenó al momento de jarros de vino y algunos trozos de carne fiambre, y mandando, por último, que entrasen los oficiales de su mayor confianza, principió un banquete en donde cada cual contó las atrocidades que habia cometido, saboreando aquellas espantosas narraciones con sendos tragos de vino y no pocas risotadas.

Pero entre los oficiales que estaban en torno del cura Santa Cruz, habia uno que tenemos el deber de describirlo. Era un hombre de espesa barba negra, ojos negros y centellantes, nariz larga, boca grande y frente pequeña. Ni hablaba ni se reia. De vez en cuando apuraba un vaso de vino con cierta extraña indiferencia, y á veces tambien hacia un ligero movimiento de hombros, como si mirase con desden todo lo que pasaba en su derredor. El cura de Santa Cruz lo habia mirado de soslayo; pero no le habia dirigido la palabra. Aquel sombrío personaje iba vestido con una zamarra de pieles de borrego, una bufanda roja, un pantalon color encarnado con franja azul, unas botas exteriores hasta la rodilla, y boina tambien encarnada con borla de oro. De la cintura pendia un sable antiguo de caballería y un rewolver.

Prolongóse el banquete un par de horas, hasta que el cura de Santa Cruz, que por mucho que bebia nunca estaba borracho, hizo una señal con la mano de que queria hablar, y aunque la subordinacion no era la virtud princi-

[illegible] de aquella gente, todos guardaron silencio, y el cura pronunció estas palabras:

—Todos vosotros sabeis que nuestros enemigos, dentro de nuestro propio partido, han conseguido desacreditarnos con el rey hasta el extremo de juzgarnos como una partida de facinerosos más bien que partidarios de una causa que necesita hacerse imponer por el terror y el esterminio. Dejar un *negro* en pié es lo mismo que cometer un pecado mortal, y yo creo que más vale acabar de cualquier modo con los referidos *negros*, que no andarse con ciertas consideraciones contrarias á nuestros principios. Pues bien, porque yo no he creido oportuno usar de debilidades culpables, y he usado de todo el rigor y el derecho que me concede la guerra, he merecido que el mismo don Carlos espida un decreto para que se me fusile en cualquiera parte que se me encuentre. Como yo no me quiero dejar fusilar, no tengo otro camino que huir, y por eso al celebrar nuestro último banquete, quiero dejar el mando de mi partida á aquel que sea más á propósito para seguir mi escuela. Yo á todos os tengo por valientes, á todos os tengo en igual aprecio; pero á fin de conocer la resistencia y fuerza de cada cual, quiero someteros á una prueba, y aquel que sepa resistirla será el sucesor del célebre cura de Santa Cruz.

—Bien, muy bien,—contestaron todos aquellos hombres, aplaudiendo la idea del cura capitan.—Ahora lo que hace falta es saber la clase de prueba que quereis efectuar, pues todos estamos dispuestos á someternos á ella.

—Pues es cosa muy sencilla,—replicó el feroz cura:—aquel de vosotros que beba más copas de rom y no se emborrache, ese será mi sucesor; pues aquel que sabe resistir mejor la embriaguez, que es la plaga de todos los que somos guerrilleros, ese será el amo y el jefe, porque yo lo quiero.

Levantóse entre aquella gente un universal aplauso por la extraña determinacion de aquel terrible facineroso, y este mandó á su asistente que de una remesa de rom que habia sorprendido dias antes, pusiera sobre la mesa multitud de botellas, las cuales se destaparon sucesivamente á medida que fueron consumiéndose. Como allí no habia gran servicio, un vaso como de medio cuartillo de cabida fué la copa señalada para que sirviera de medida, y aquella copa llena de licor principió á dar la *rueda* entre todos. Mientras el vaso circuló por cinco ó seis veces, todo fué bien; pero á la sétima vuelta dos oficiales cayeron al suelo completamente borrachos: á la octava, cuatro más quedaron imposibilitados; á la novena, siete individuos rodaron por el suelo, quedando únicamente dos oficiales, que se miraron de reojo como si estuvieran en un desafío á muerte. Entonces el cura echó la décima copa, y entonces uno solo quedó de pié: pero este se hallaba tan sereno como si no se hubiera bebido cinco cuartillos de rom.

Como la noticia de la extraordinaria prueba habia circulado entre los soldados y guerrilleros, la mayor parte de estos se hallaban agrupados en la puerta y ángulos de aquella habitacion. Al ver de pié firme y sereno al único oficial que habia podido resistir la fuerza del rom, todos gritaron llenos de entusiasmo:

—¡Viva Rosa Samaniego!

—Sí, viva,—contestó el cura Santa Cruz.—Este es el único digno de mandaros, muchachos. Desde hoy es vuestro jefe.

Abrazó al nuevo caudillo, y momentos despues montó á caballo, desapa-

reciendo entre la oscuridad de la noche, y pasándose á Francia para evitar el castigo de sus crímenes.

Rosa Samaniego era el oficial de la barba negra y de la zamarra de pieles.

CAPITULO II.

Lo primero que hace Rosa Samaniego.—Antecedentes acerca de su vida.—Sus amores con Fermina é influencia que esta mujer ejercia sobre él.—Sus primeras operaciones.—Su entrevista con el general Elio.—Lo nombra comandante.

Otro hombre que no hubiera sido Rosa Samaniego, hubiera tal vez reventado con la cantidad de ron que acababa de beber; pero este, sin demostrar la más ligera señal de embriaguez, reunió á sus partidarios, luego que el cura Santa Cruz dejó el campo libre, y con una voz áspera y ruda, se contentó con decirles lo siguiente:—Ya habeis visto que el hombre que resiste á todo género de bebidas puede resistir el sueño, el hambre, la sed, la fatiga y demás cosas por el estilo: con que al que rechiste lo ahorco. A obedecer ciegamente, á no demorar ningun servicio y á no dejarse sorprender por nadie. Con que buenas noches, y á descansar. ¡Viva el rey!

Era tan sombría la entonacion de aquel hombre, que el miedo más bien que el entusiasmo, hizo que muy pocos respondieran al *viva* que acababa de dar el nuevo cabecilla. Una mala corneta tocó *retreta* y *silencio*, mientras la partida que habia sido hasta allí del cura de Santa Cruz, que estaba compuesta de unos doscientos hombres, se recostaba en el interior de la torre para entregarse al natural descanso, el nuevo partidario Rosa Samaniego ponia centinelas y avanzadas para evitar cualquiera sorpresa. Hechas estas primeras diligencias, en vez de acostarse principió á pasearse en el salon donde el cura Santa Cruz habia celebrado su último banquete, pasando la noche entregado á sus pensamientos, los cuales eran más temerarios que los del guerrillero cuya plaza ocupaba él en aquel instante.

Rosa Samaniego, cuyo retrato hemos procurado hacer con toda la exactitud posible, era al principio de la guerra un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, y en su origen habia sido pastor. Durante su niñez habia estado cuidando vacas y cabras, y no habia salido jamás del seno de las montañas de Navarra, por lo que adquirió una fuerza extraordinaria y una agilidad incansable. Conocia el terreno á palmos, y no habia barranco, valle, piedra, matorral ni precipicio que no le fuera completamente familiar. Desde niño habia oido hablar de la pasada guerra civil, y su padre y su tio habian estado en la faccion. Aquellos montañeses, alucinados con la restauracion monárquica de Carlos V, habian dejado la semilla de sus opiniones á sus herederos, y Rosa Samaniego, que despues de pastor habia vivido oscuramente en el fondo de su aldea, oyendo las antiguas narraciones de batallas y sorpresas, luego que se preparó en Navarra el último movimiento carlista, fué uno de los primeros que corrieron á alistarse á la desacreditada bandera

del Pretendiente. No era, sin embargo, todo entusiasmo de partido lo que á Rosa Samaniego le arrastraba al campo carlista. Este hombre en sus mocedades había experimentado grandes pasiones, y de resultas de ellas tenía tres ó cuatro causas pendientes, evitando la persecucion de la justicia, gracias á su gran conocimiento en la montaña y á la proteccion de los mismos naturales, que sabian esconderlo en sus casas de campo. Por consiguiente, el aislamiento en que vivia, la continua vigilancia con que estaba, las escursiones nocturnas que se veia obligado á hacer, las luchas de rivales y enemigos que á veces tenia que librar, habian aumentado la ferocidad de su carácter y lo habian hecho poco hablador, pero temerario y cruel más bien que valiente y guerrero.

Rosa Samaniego no perdonaba jamás, y gracias á Pérula, al que entonces era notario y despues al fin de la última guerra civil fué nada ménos que general en jefe del ejército de don Cárlos, pudo escapar de la justicia, que no pocas veces le buscó las vueltas para echarle el grillete.

Sin embargo, el único freno que había detenido á Rosa en la rueda de sus inclinaciones, había sido una jóven a quien él habia llegado á profesar un cariño entrañable, cariño que suavizaba las asperezas de su conducta, y aquella jóven ejercia una gran influencia en la vida de aquel hombre, que sin ser verdaderamente bandido, hacia la vida de tal.

Como la historia, y mucho más la contemporánea, hace respetar ciertos nombres, se nos permitirá que no digamos el verdadero de la ya enunciada jóven, por lo que la daremos á conocer por el nombre de Fermina, por creerlo más adecuado para la historia particular que estamos escribiendo.

Pues bien, era Fermina la mujer única que constituia la existencia de Rosa Samaniego, y ambos vivian el uno para el otro, debiéndole el segundo á la primera no pocos actos de abnegacion y cariño. Pero Fermina, como la mayoría de las mujeres navarras, era ciega partidaria de la causa del Pretendiente, y lejos de oponer obstáculos á su amante para que fuese á engrosar las filas carlistas, fué la que lo impulsó con mayor afan á buscar acaso un destino mejor y más tranquila existencia, en la guerra de montaña. Ante esta resolucion, Rosa Samaniego fué á parar á la partida del cura Santa Cruz, en la que ocupó una plaza de oficial, por ser de los primeros que acudieron al llamamiento, hasta que por el acto que acabamos de manifestar quedaba de jefe de la faccion más tristemente célebre que ha llenado de luto los fastos de la pasada guerra civil.

Dados estos antecedentes, que son indispensables para el mayor conocimiento de esta historia, pasemos á presentar al nuevo cabecilla al dia siguiente de la huida del cura Santa Cruz, el cual, reuniendo en torno suyo á sus partidarios, les dijo que si bien habian variado de jefe, no habian variado de táctica, y que era preciso hacer una guerra continua de sorpresas sobre el enemigo, atacando siempre por sorpresa y retaguardia para dar buenos golpes, y no perdonando de ningun modo á los *pícaros negros* que cayesen en su poder. Todos aceptaron aquel sistema, el cual constituyó, por decirlo así, la ciencia estratégica del feroz cabecilla, y una vez aceptada esta conducta, dejó una pequeña guarnicion de veinte hombres en la torre de Esquinza, cuya torre habia de servirle de guarida, por estar en el corazon del país enemigo, y fuese hácia el fondo del valle con direccion al Baztan, en cuya entrada vivia su querida Fermina.

En el momento que Rosa Samaniego se encaminaba á un lugar tan apartado, tenia lugar la célebre y desastrosa retirada del general Nouvilas, lo que cometia la incalculable torpeza de cortar los puentes, prevenida de este modo aislaba la insurreccion carlista, cuando lo que hacia era evitar el movimiento de las columnas y dejar que las facciones pudieran quedar dueñas del territorio vasco navarro. Pronto conoció Rosa Samaniego las ventajas que la conducta de Nouvilas le proporcionaba, y de peñasco en peñasco, de monte en monte, de jaral en jaral, fué batiendo á los cuerpos más rezagados, quedando por este motivo con no pocos prisioneros y un botin respetable. En poco tiempo, y á causa de estas circunstancias, adquirió Rosa Samaniego una celebridad acaso más terrible que la de su antecesor, puesto que sabia aprovechar como nadie las coyunturas, y siempre caminaba protegido por la oscuridad de la montaña para que sus operaciones fueran más seguras.

Hervian entonces por Navarra las partidas carlistas, pues aun no habia llegado la hora de la organizacion; así es que cuando el célebre general Elio adquirió de don Cárlos, el Pretendiente, el título de capitan general de Navarra, este llamó á todos los cabecillas para formar con las partidas batallones, brigadas y divisiones, y uno de los convocados fué Rosa Samaniego, que en poco tiempo se encontraba al frente de unos quinientos hombres. Cierto es que estos quinientos malandrines iban armados de diversos modos, y segun lo que cada uno de ellos habia podido proporcionarse; pero la partida era respetable, su jefe tenia fama de emprendedor, y aunque la procedencia no podia ser más mala, pues todos aquellos voluntarios habian sido acólitos y discípulos del cura de Santa Cruz; sin embargo, habia necesidad de echar mano de todas las fuerzas disponibles para hacer que la guerra tomase el incremento que más tarde llegó á adquirir.

Rosa Samaniego sabia de lo que se trataba, y despues de tener una conferencia con su querida Fermina, que habia venido, por último, á vivir con él en la torre del Esquinza, y la cual, sea dicho en verdad, templaba los arrebatos sanguinarios de aquel feroz caudillo, decidióse, por último, á acudir al llamamiento del general Elio, el cual á la sazon habia establecido su cuartel general en Durango, y contaba ya con numerosas fuerzas que habian reconocido su autoridad.

Era el general Elio un anciano de aspecto respetable, de procedencia de antiguos y severos militares, y militar él tambien toda su vida, el cual habia abrazado la causa del Pretendiente. Aquel general habia servido con Carlos V, con su hijo el conde de Montemolin, y ya sumamente viejo y casi sin poder resistir, venia, como así sucedió, á prestar su último y fiel servicio á la desacreditada causa á quien habia consagrado toda su vida. Por carácter y por educacion militar, no podia ver Elio á hombres del temple de Rosa Samaniego, que se valian de la guerra civil para encontrar la impunidad de sus feroces instintos en los azares de una lucha implacable; pero tenia por entonces que someterse á las circunstancias, y tratar con aquella gente para tener una buena base para sus futuros proyectos.

Llegó, pues, el cabecilla á las puertas de Durango, y contra toda costumbre, no salió el general Elio á recibir aquella fuerza, sino antes al contrario, envió uno de sus ayudantes para manifestar á Rosa Samaniego que podia entrar solo en la poblacion, el cual no tuvo inconveniente en hacerlo así. El alojamiento de Elio estaba en las Casas Capitulares, y dicho general

se hallaba en el salon de sesiones, en el que habia bastantes cuadros de mérito, una mesa escritorio en el centro, y algunos oficiales comunicando órdenes por escrito á varios puntos de la provincia. Como Rosa Samaniego era el sucesor del famoso cura Santa Cruz, despertó una curiosidad general entre aquellos carlistas que tenian todos procedencia militar, y hasta el mismo general Elío quedó contemplando á aquel hombre que ya tenia una popularidad extraordinaria en la montaña.

—Lo llamo á usted,—dijo Elío con el tono breve é imperioso que le caracterizaba,—para que me diga, en primer lugar, cuánta fuerza tiene su partida.

—Quinientos veinte hombres,—contestó friamente Rosa Samaniego sin bajar la vista ni un momento ante aquel general.

—Es decir, un batallon... ¿El 5.° de Navarra?

—Si V. E. lo permite,—contestó el cabecilla,—mi partida no es batallon.

—¿Pues cuántas compañías tiene?

—Ninguna.

—¡Cómo ninguna!

—De un modo muy claro: yo no tengo mi fuerza dividida sino por pelotones de veinte hombres cada uno; de manera que con ellos me arreglo y hago la guerra á mi manera, y sirvo al rey, y practico sorpresas y estorbo los planes del enemigo. Ahora bien, mi general, si V. E. se empeña en que yo y mis voluntarios nos sometamos al régimen militar, tomando el nombre de 5.° batallon navarro, entonces desde este instante me retiro y mi partida se disuelve, porque yo unas veces estaré en la vanguardia y otras en la retaguardia: á veces desapareceré y otras apareceré donde menos se piense. Esto quiere decir que deseo sobre todo mi libertad de accion, y no pretendo ni por pienso estar bajo las órdenes de nadie. Esto no es decir que yo faltaré á mis principios, y téngalo V. E. entendido; allí donde haya una batalla, una accion, una escaramuza; allí donde sea mayor el peligro, me tendrá V. E., pero obrando por cuenta propia, sin escitaciones de nadie, y ¡viva el rey!

—Pues entonces,—contestó el general Elío,—quiere usted ser simplemente guerrillero.

—Nada más, que yo sabré dar cuenta de mi persona y de la del enemigo.

El general Elío meditó algunos instantes, pareció alegrarse de que aquel hombre terrible estuviera en sus filas, y despues de un rato de silencio, exclamó:

—Estamos conformes. En nombre de S. M. le nombro á usted comandante del batallon volante de Navarra. Tendrá usted toda la independencia que quiera; pero no se olvide que del mismo modo que el rey sabrá premiar sus servicios, yo en su nombre tambien sabré fusilarlo si falta á sus deberes.

Se inclinó Rosa Samaniego ante estas palabras del general, sin que le preocupara mucho la amenaza que acababa de oir, y salió de Durango con el despacho de comandante de *Tiradores volantes de Navarra*.

CAPITULO III.

La torre de Esquinza.—Fermina.—Cuidados que demostró esta por un oficial de cazadores herido en las acciones de Monreal y Graul, y hecho prisionero por Samaniego.

Autorizado Rosa Samaniego para ser uno de esos guerrilleros que debian distraer constantemente la atencion del enemigo, llevando á cabo las más atrevidas empresas, volvió á su madriguera del Esquinza, donde no sin inquietud y recelo, le esperaba Fermina. Era esta mujer mucho mas jóven que él, y tenia el carácter de esos tipos montañeses, en donde se vé la robustez de la naturaleza más bien que la hermosura de una de esas damas de salon que solo sirven para desmayarse en las circunstancias críticas. Por el contrario, Fermina era acérrima partidaria del carlismo, y fanatizada por una causa que no podia triunfar, llevaba su espíritu y su valor á los partidarios de su amante. Cuando llegaba el caso, montaba tambien á caballo y salia con él á la montaña, no espantándose con el fuego de las guerrillas que sin cesar estaban tiroteándose con los secuaces de Rosa Samaniego, sino antes al contrario, auxiliaba á los heridos, daba de beber á aquellos que caian rendidos por las fatigas de la campaña, y procuraba medicinas y vendajes para sus soldados. Por consiguiente, la torre de Esquinza llegó á ser un cuartel y un hospital, de la que ella era la directora. Cuando Rosa Samaniego salia á alguna expedicion, ella estaba al frente y cuidado de las fuerzas que quedaban bajo sus órdenes; de manera que toda la partida tenia en ella una madre y protectora en quien adoraban los suyos.

De este modo pasó el año de 1873. El batallon de tiradores de Rosa Samaniego habia llegado á tener ochocientas plazas, y aunque ya los individuos que lo componian era gente algun tanto insubordinada y pendenciera, habian llegado á adquirir tal respeto á su jefe, que nadie se desmandaba, y todos cumplian con su deber, secundando de este modo las intenciones del célebre cabecilla. Como don Cárlos era tan mudable en sus pensamientos, ya por esta época era general carlista Dorregaray, y habiendo quedado el veterano Elio como general en jefe de estado mayor, cargo que tenia más de honorífico que de importante. Sin embargo, durante gran parte del año 73, y especialmente desde Febrero del 74, en que don Amadeo de Saboya dejó la corona que le habian ofrecido las Córtes Constituyentes, los carlistas habian tomado tal incremento en el Norte, que no era posible contrarestar el movimiento, especialmente en una época en que los gobiernos y los partidos luchaban desesperadamente. Abandonado, pues, el ejército á mil exageraciones diversas, y minado por la propaganda revolucionaria, no tenia las disposiciones de otros tiempos para batirse; así es, que las circunstancias, más que otra cosa, favorecian el movimiento carlista. Aprovechándose, pues, de ellas el ya referido general carlista Dorregaray, dió tres ó cuatro acciones favorables á su causa, siendo las más importantes las de Monreal y Eraul,

cuyo último hecho de armas le valió el título de marqués que le otorgó el Pretendiente.

Era la caida de la tarde y todas las tropas se habian batido con bizarría, pero la izquierda principió á desbandarse, y esto dió lugar á que se tocase retirada en toda la línea. Algunos cuerpos, particularmente los ingenieros, se mantuvieron en las posiciones que ocupaban, por lo que continuó un fuego horroroso; mas venia la noche y la retirada podia convertirse en una dispersion general; por lo que de nuevo principiaron á retirarse los cuerpos con algun desórden á causa de carecer de una base donde poder apoyarse. Habia estado ya Rosa Samaniego desde las cumbres inmediatas observando los resultados de la accion, y entonces, por medio de una contramarcha, pudo ponerse en uno de los flancos del ejército, principiando con su batallon un fuego por pelotones, que aunque no era mortífero, debia ser suficiente para quebrantar la fuerza moral de nuestros fatigados soldados; así fué que pudo lograr la confusion en las filas de estos puntos, que se veian atacados por el frente y sus costados.

Fué necesario todo el valor y todo el heroismo de los valientes oficiales que mandaban los cuerpos que habian entrado en accion, para evitar un desastre completo; pero la noche se habia echado encima, y no fué posible atender á toda la division. Algunas fuerzas se estraviaron, muchos soldados quedaron dispersos en el camino y la division pudo á duras penas llegar á la línea del Arga, en donde teníamos nuestros cantones. La confusion introducida en la columna debia ser aprovechada por los carlistas, y Rosa Samaniego se retiró á su fortaleza del Esquinza con unos sesenta prisioneros, recogidos de los que habian quedado dispersos. Durante el dia, Fermina, su atrevida compañera, habia salido con la reserva á recoger heridos, y ya bien entrada la noche, regresó á la torre con unos diez ó doce de estos, que fueron colocados en el local que servia de hospital. Celebraba la pasada victoria el feroz cabecilla con varios de sus más decididos partidarios, apurando unos grandes frascos de vino, cuando entró Fermina á darle cuenta de lo que acababa de hacer, manifestándole que habia podido recoger como una docena de heridos, los cuales quedaban al cuidado del *físico*, que era un mal sangrante de un pueblecillo inmediato, y del capellan, que era un antiguo acólito de una parroquia vecina.

—Supongo,—contestó Rosa Samaniego al oir el relato de aquella mujer, —que todos esos heridos serán de los nuestros, y que los *negros* habrán quedado en el campo.

—Creo que sí,—contestó Fermina;—ya era bien de noche cuando he recogido algunos que me atraian con sus tristes lamentos, y no me he detenido á investigar su procedencia.

El cabecilla no dijo una palabra, pero seguido de todos los oficiales, y precedido de Fermina, se dirigieron á la habitacion que estaba destinada á hospital, en la que entraron con no poco estrépito y algazara, si bien el espectáculo que se presentó á la vista no podia ser mas triste y desconsolador. Era la habitacion una estancia ovalada, y los heridos, unos silenciosos é inmóviles, y otros lanzando lastimosos quejidos, se veian en extraña confusion repartidos por el suelo. Solo algunos colchones y miserables mantas servian de descanso y abrigo á aquellos desdichados, los cuales se agitaban convulsivamente entre su propia sangre. Rosa Samaniego los fué examinando uno á uno con la indiferencia que es propia á los hombres que tienen en-

dirigido completamente al corazon, pero al llegar al sétimo herido echó de ver, por el uniforme de oficial de cazadores que vestia, que aquel era un enemigo y no uno de sus famosos partidarios.

—Este hombre no es de nuestra gente,—dijo el cabecilla á Fermina con una mirada sombría y llena de amenazas.

—En efecto, es un oficial de *guiris* (1),—contestó Fermina con tranquila calma.—Sin duda por la oscuridad de la noche lo he confundido con alguno de los nuestros y lo he traido aquí...

—Pues afuera con él y matarlo,—replicó bárbaramente Rosa Samaniego.

—No, por Dios,—replicó Fermina con entereza:—ya que está aquí, aquí se le curará como á los demás, y no saldrá hasta que se muera ó se ponga bueno, pues de lo contrario no seríamos gentes que tuviéramos corazon humano. La guerra podrá tener sus deberes, pero la caridad los tiene tambien, y no porque este hombre sea un enemigo de nuestra causa, se le ha de castigar de una manera que repugna á hombres que deben ser valientes, pero no crueles.

Estas palabras fueron dichas con tal energía, que Rosa Samaniego no replicó una silaba más, puesto que la influencia que Fermina ejercia sobre él no podia ser mayor. El oficial de cazadores, no tan solo fue respetado, sino que los enfermeros recibieron órden de Fermina para que se le cuidase con preferencia, para que no se pudiese decir que habia mala fé con un enemigo desgraciado; disponiendo además que se le trasladase á habitacion aparte, á fin de que los heridos carlistas no pudiesen insultarlo con las recriminaciones é intransigencias que tan comunes son en aquellos que profesan ideas diferentes.

El oficial de los *guiris*, como habia dicho Fermina, fué llevado á una habitacion superior de la torre, y el dia siguiente, cuando Rosa Samaniego marchó con su batallon de tiradores para ver las combinaciones del ejército carlista y conducir los prisioneros que habia hecho al cuartel general, la jóven querida del cabecilla, como hemos indicado, subió á ver al oficial, ya para conocer su estado, ya para satisfacer esa curiosidad que es innata en la mujer cuando se trata de una persona que despierta en el corazon humano el sentimiento de la caridad y de la compasion. Fermina se encontró al fin junto á la cama donde estaba el oficial, y entonces echó de ver que era un jóven como de veinticinco años, rubio, de fisonomía agradable y expresiva, y de un conjunto que no podia ménos de despertar el interés más completo. La herida de dicho oficial no dejaba de ser peligrosa: habia sido esta ocasionada por una bala perdida que le hubo de entrar por las costillas falsas del costado derecho, y se necesitaba para extraerla unas manos más inespertas que las del curandero que hacia de cirujano en aquel hospital de sangre, así es que acordándose que en un pueblo inmediato habia un médico-cirujano muy experimentado, no titubeó en mandar por él, aunque desde luego fuera considerada aquella preferencia como contraria á la pasion política que todo lo dominaba. Vino el médico á la torre, y reconociendo al oficial herido, manifestó que era indispensable extraerle la bala, cuya operacion llevó á efecto con notable acierto. El oficial de cazadores que hasta aquel instante habia estado traspuesto á causa de la calentura, volvió en sí, y con un valor extraordinario, vió hacerse la operacion sin lanzar una queja ni un

(1) *Guiris* era el nombre genérico que los carlistas daban á las fuerzas del gobierno.

espíritu. Cuando ya se encontró con los apósitos y vendajes que el médico le había puesto, se recostó en la cama y dió las gracias á las personas, para él completamente desconocidas, que lo asistían con tanto esmero, no dejando de fijar su atención en Fermina, cuya natural belleza no pudo menos de llamar la atención del herido. Dejó, pues, el médico recetado el plan curativo que debía seguirse, pues aunque la bala se había extraído, no dejaría de sobrevenir la calentura, y ordenó que no se le tocase á la herida hasta dentro de ocho días que él volviera. Acto seguido visitó y curó á los demas heridos, que estaban en la torre, y se volvió á su pueblo.

CAPITULO IV.

El prisionero y Fermina.—Amores de ambos.—Proyectan fugarse, pero son denunciados.—Llega Rosa Samaniego al castillo; los sorprende.—Castigo horrible que les da.

Rosa Samaniego no debía volver durante algun tiempo al valle del Esquinza, y Fermina pudo entregarse por completo á cuidar sus heridos, especialmente al oficial de los *guiris*, porque sin saber como le había cobrado un interés extraordinario. Aquel jóven amable, de agradable trato, de finos modales, de presencia espresiva, de mirada triste y agradecida á la par, le iba impresionando de tal modo, que sin darse cuenta de ello no cesaba de pensar en el infeliz herido y prisionero que estaba bajo su poder, pero tenía que ocultar aquellas sensaciones que principiaban á echar raices en su alma, porque no pocos de los que la servian podian ser otros tantos espías de su conducta, y esto era para ella muy grave en aquella ocasion. Conociendo como conocía á Rosa Samaniego, debía ser prudente, puesto que aquel hombre sería capaz, si se despertaba en él la pasion de los celos, de los arrebatos mayores, y aunque ella no le temiese, tenía no pocos motivos para temblar por la suerte del infeliz prisionero. Pero ¿qué mujer puede contenerse en los límites de la prudencia, cuando se va interesando poco á poco su corazon? El oficial herido, que cada dia iba mejorando, merced á sus activos é incesantes cuidados, no sabía, ni donde estaba, ni quien era su cariñosa enfermera, se contentaba con sentir hacia ella un afecto de agradecimiento profundo, que poco á poco fué haciéndose mas superior á medida que la gratitud iba siendo mayor; de manera que al cabo de ocho dias de convalecencia, el oficial, que solo veía en Fermina una mujer cariñosa y bella, estaba perdidamente prendado de ella, no sabiendo si agradecer mas la eficacia con que lo asistía, ó dar pábulo á la fuerza del amor que principiaba á dominarlo por completo.

Especialmente Fermina, habría procurado dominar por completo la pasion ardiente que se iba apoderando de ella, pero en ocasiones como la presente, la voluntad es impotente para contener el deseo, y los mismos esfuerzos que hacía por huir del peligro la metían mas en él, pues el vivo interés que había sentido por el oficial, era cada vez mas poderoso, y ultima-

mente, una tarde en que estaban el uno sentado enfrente del otro, vinieron á entenderse más bien con los suspiros y miradas que con las palabras que salian de sus labios.

El bello oficial se atrevió á preguntar en que calidad se encontraba en aquel castillo, esponiendo si era ó no prisionero de los carlistas, y si estaba en un hospital de sangre bajo la salvaguardia del sentimiento cariñoso de aquella mujer tan hermosa, á quien debia sin duda la vida. Fermina le contestó con las lágrimas en los ojos, de que si bien estaba en poder de los carlistas, se hallaba en libertad de marchar á donde quisiera; que ella no le pondria obstáculos de ninguna clase, aunque para ello tuviera que afrontar las iras de Rosa Samaniego, de quien en realidad era prisionero.

—Poco me importa ser prisionero, con tal de estar al lado de usted,— replicó el prisionero; - la gratitud es superior á todo, y puesto que le debo á usted la vida, á usted quiero consagrarla, aunque mil veces tenga que perderla de nuevo. Yo separarme de usted, nunca, jamás.

—Sin embargo, hay un abismo entre los dos, amigo mio,— contestó Fermina.—¿No sabe usted que yo soy carlista, que pertenezco á un hombre que ha jurado el esterminio de todos los liberales, que si se descubriera el interés que yo he tomado por usted, estábamos perdidos, y perdidos para siempre!

Esto fué bastante para que el oficial explicara el estado de su alma, y acabó por declararle todo cuanto sentia, diciéndole que la amaba con delirio y que separarse de ella seria morir. Este lenguaje tenia naturalmente que producir su efecto, y Fermina, no pudiendo resistir, le refirió como ella también le amaba; que por lo mismo queria que huyese de aquel sitio, y que si era posible, la olvidase para siempre. Pero una vez rota la barrera de las confidencias, ya no fué posible contener el fuego, que silenciosamente los consumia, y toda la noche estuvieron juntos comunicándose los arrebatos de su pasion, y trazando locos proyectos para el porvenir, sin acordarse de la situacion en que ambos se encontraban. Sabido es que el amor pone una venda en los ojos y que solo se vé lo que pasa dentro de la atmósfera donde se respira el fuego que nos consume, y todos los dias crecian con mayores ánsias los arrebatos del oficial prisionero y Fermina, en tales términos, que no faltó quien se metiese á observar lo que pasaba hasta que se cercioraron de la certeza de sus sospechas.

Todas las noches iba Fermina al cuarto del prisionero cuando todos estaban dormidos, y allí pasaban las horas olvidados de sí mismos, renovando sus promesas y juramentos, y formando proyectos para fugarse, pues ella, dominada completamente por su pasion, habia tomado el partido de irse al campo liberal con su amante; pero la traicion estaba en acecho, y el mismo que habia sorprendido la correspondencia mútua que existia entre Fermina y el oficial, dió parte á Rosa Samaniego de todo lo que estaba pasando en la fortaleza del Esquinza. Ciego de celos y cólera el cabecilla con la noticia que acababa de recibir, quiso saber con certeza cuanto le acababan de decir, y dejando el mando de su batallon á su segundo, montó á caballo, y solo se vino al castillo que le servia de cuartel general, esperando que fuese de noche para entrar en él. Convenido estaba con el espía que le habia dado cuenta de todo, de que á cierta hora de la noche bajaria el puente levadizo, y en efecto, á eso de la una de la madrugada, Rosa Samaniego se dió á conocer al centinela, y acto continuo entró en la fortaleza sin que Fermina pudiera apercibirse de la terrible sorpresa que le esperaba.

Hallábase esta á la sazon en el cuarto del oficial, y ambos se entregaban en brazos de sus amores como si nada hubiera que temer. Ambos se encontraban en un mismo lecho, y despues de haber concertado la fuga para el dia siguiente, los dos se habian quedado dulcemente dormidos, abrazados estrechamente el uno contra el otro, muy ajenos de que en aquel momento entraba en la habitacion Rosa Samaniego alumbrado por una linterna sorda.

Cuando este vió el espectáculo que se ofrecia á su vista, pintóse en su semblante el furor mas grande, y dos ó tres veces llevó la mano al rewolver que llevaba á la cintura para castigar la infidelidad de la una y la pasion del otro; pero cediendo á otros pensamientos mas tenebrosos, se quedó sereno, al parecer, pero mas amarillo que la cera, y acercándose á Fermina la sacudió de un brazo, y exclamó:

—Despierta, infame, no dirás que he dejado de sorprenderte en los brazos de tu amante; pero juro por quien soy que ambos me la pagareis ahora mismo.

Cuando Fermina y el oficial abrieron los ojos, la primera quiso conservar la entereza varonil de su carácter, y el oficial quiso buscar un arma para defenderse y defender á su querida; pero ni la una encontró palabra que decir, ni el valiente oficial encontró medios para resistirse. La sorpresa era superior á todo tanto mas cuanto Rosa Samaniego, con una sangre fria espantosa, mandó atar á la una y al otro.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó esta por último mirando fijamente al cabecilla.

—Voy á vengarme como yo sé vengarme. Me has faltado, y vas á morir, como morirá tu cómplice: has sido una miserable, y hoy principia en tí y en él la venganza que tengo proyectada para todos los que sean enemigos de Rosa Samaniego.

Aquel hombre, cuyo corazon era mas duro que las piedras, se hizo sordo á las súplicas de Fermina, pues el oficial no decia una palabra, y media hora despues dispuso un castigo tremendo, el cual fué el de mandar arrojar á los que él consideraba culpables á la espantosa sima del Esquinza. La voluntad de Rosa Samaniego era soberana entre la turba que le obedecia, y tanto Fermina como el oficial, fueron conducidos al borde del precipicio, siendo precipitados en él á pesar de los gritos desesperados de aquella mujer. El abismo, pues, abrió su boca y devoró á aquellos infelices. Cuando ya no se sintió nada, Rosa Samaniego lleno de sombría y amenazadora cólera, se asomó á la negra profundidad y exclamó con acento terrible:

—Este será el sepulcro de todos aquellos que traten de ofenderme en mi corazon y en mis operaciones.

CAPITULO V.

Sistema de guerra de Rosa Samaniego.—Acciones y batallas en las que se demostró.—Sus recuerdos.—Las acciones de la línea del Arga.—El temporal de nieve.—El cura de una ante-iglesia de Navarra.—La madre que reclama á su hijo.—El responso.

Desde aquel dia el cabecilla se entregó por completo á las peripecias de

la guerra. Unas veces á retaguardia y otras á vanguardia de las divisiones carlistas, acechaba los convoyes, sorprendia á los rezagados, sostenia escaramuzas y penetraba por sorpresa en algunos pueblos de la Rioja alavesa. Cuando daba algunos de estos golpes, tan propios de las guerras civiles, se mostraba siempre cruel y siempre enemigo de toda clase de contemplaciones. Raro era el prisionero que él hacia que volviese á aparecer. Segun la fama que se iba estendiendo por todas partes, estos prisioneros desaparecian para siempre, siendo arrojados á la sima del Esquinza; pero como esto no se podia acreditar, pues Rosa Samaniego solo andaba al merodeo y siempre estaba en contínua actividad, no siempre se podia dar completa fé de sus acciones.

Así estuvo durante toda la campaña del 74. Cuando se daba una accion importante, ya en Vizcaya, ya en Alava ya en Navarra, pues á Guipúzcoa iba muy pocas veces despues de los últimos disparos de cañon, ó de la retirada de los unos y de los otros á sus respectivas trincheras, aparecia aquel génio sombrío de la guerra como aparecen las aves nocturnas para recoger los despojos de la contienda. Los muertos eran robados, á los heridos les pasaba lo mismo, y si quedaba algun rezagado, algun infeliz que se hubiese estraviado, el destino de este era completamente desconocido. Así estuvo Rosa Samaniego durante las terribles jornadas de Somorrostro, Monte Avanto, Monte Montaño, Galdames y las Muñecas. Cuando vió el resultado de estas últimas victorias del ejército liberal, se retiró con todo el grueso del ejército carlista, y no volvió á Navarra, y por consiguiente al casi inaccesible valle donde tenia sus guaridas. Desde allí merodeaba, se dejaba caer de tiempo en tiempo sobre la Rioja y llanada de Alava, y volvia con un botin abundante despues de sus sorpresas. Cuando se dió la batalla de Monte Muro, donde murió el general Concha, se aprovechó de la retirada del ejército para recoger todo lo que pudo. Pero ¿y los prisioneros que llegaban á caer en su poder? Nadie sabia su término: desaparecian para siempre, si bien se esparcian los rumores más siniestros sobre el destino de aquellos desgraciados.

De este modo vino el año de 1876, y con él la restauracion de don Alfonso XII, y las grandes operaciones que se llevaron á cabo en toda la línea del Arga. Sabido es que el ejército ocupó todas las posiciones del enemigo, y haciéndose dueño de Puente de la Reina y libertando á Pamplona, de cuyas resultas todos los dias habia luchas parciales y combates de vanguardia y retaguardia en toda aquella línea. Desde aquel momento, Estella, la ciudad santa del carlismo, quedaba amenazada, y era muy comun que todos los dias hubiese tiroteo y sorpresa de una y de la otra parte. Rosa Samaniego estaba, pues, en su elemento, y como conocia perfectamente el pais, se aprovechaba de las circunstancias para seguir su favorito sistema de guerra. Sin embargo, uno de esos accidentes tan comunes en las provincias del Norte, vino á paralizar la accion de amigos y enemigos, y este hecho no fué otro que la caida de una gran nevada que cubrió los montes y los valles de un espeso manto blanco. Oponiéndose el rigor del invierno á la prosecucion de las operaciones, cada campo permaneció en pavoroso silencio, retirándose á sus trincheras en tanto que Rosa Samaniego se fué á su fortaleza del Esquinza, tan llena de recuerdos para él como triste y terrible para aquel que la contemplaba.

El feroz cabecilla, á pesar de la dureza de su corazon, habia querido olvidar á Fermina, es decir, á la única mujer á quien habia amado con toda

en alma; pero siempre los recuerdos de ella venian á mortificarle, ya de dia y ya de noche, pudiendo decirse que cuando forzosamente, ó por circunstancias especiales, se veia en la torre del Esquinza, entonces sus ideas eran mucho más dolorosas y sus pensamientos más tristes. Sus más inmediatos parciales lo habian contemplado muchas veces, especialmente de noche, en lo alto de aquella torre, mirando silenciosamente el abismo ó la sima del Esquinza, y despues, lanzando carcajadas singulares, bajaba al salon principal, pedia vino y licores, y acababa por ahogar sus penas ó remordimientos en largas livaciones que rara vez producian efecto, en razon á la prodigiosa resistencia que aquel hombre tenia para las bebidas alcohólicas. Pero nada de esto curaba aquella naturaleza llena de las más poderosas y fuertes pasiones: su inquietud era cada vez mayor á medida que permanecia en aquel paraje, y á veces la impaciencia era de tal naturaleza, que nadie podia resistirlo.

Encerrado, pues, por el temporal, era tal su impaciencia que nadie se le atrevia á acercársele, hasta que una mañana que estaba contemplando desde el puente levadizo el cielo oscuro y cargado de nubarrones, la nueva capa de nieve que poblaba los campos y los copos que caian silenciosamente, vió con asombro que avanzaba por el fondo del valle un hombre que por su ropa talar y negra parecia un cura. Venia á pié y se apoyaba en un baston. Asombrado de que hubiera algun mortal que tuviera fuerzas suficientes para desafiar el rigor de la intempérie, quedó inmóvil hasta que conoció que el que se aproximaba era el cura de una ante-iglesia inmediata á Oteiza, el cual tenia fama por su caridad y mansedumbre. Este cura, cuyo nombre debemos callar, puso una señal de paz agitando un pañuelo blanco, y llegó á los primeros aproches de la fortificacion carlista. Rosa Samaniego salió á recibirlo, diciéndole estas palabras:

—¿Quién trae á usted, señor cura, por estos sitios, cuando ni los mismos pájaros se atreven á cruzar el valle?

El anciano y venerable sacerdote miró al terrible cabecilla, y contestó:

—Me trae una alta mision de paz y caridad, hijo mio. Yo vengo aquí en el nombre de Dios, y vengo á veros porque á la par que busco el destino de una criatura desventurada, quiero volver la calma á un corazon atribulado. Habeis de saber que una digna señora que tenia un hijo en el ejército liberal, ha llegado de Madrid buscando á este, puesto que nadie sabe su paradero. Sábese sí que en la accion de Eraul fué hecho prisionero por las tropas que mandais; sábese además que cayó herido y que él le escribió una carta á la pobre madre diciéndole que estaba en esta torre; pero despues, esa misma madre no ha recibido noticia de su hijo, ni ha vuelto á saber de él, y por más gestiones que ha hecho, ni en su cuerpo, ni en el ejército liberal se ha tenido posteriormente dato alguno acerca de él. Pues bien, hijo mio, esa madre desventurada ha acudido á mí, yo la he visto llorar con el desconsuelo profundo de la que ha perdido la esperanza de encontrar á su hijo, y cediendo al sentimiento que á todos nos debe unir, á uno de los mandamientos de la ley de Dios, el de amar al prógimo como uno mismo debe amarse, he tomado á mi cargo la mision de saber la verdad, y por eso vengo, confiado en la bondad del cielo, que nunca desampara á los que en él confian, para que me digais la verdad acerca del prisionero ó del herido por quien os pregunto.

Escuchó el sombrío cabecilla aquellas razones dichas con la noble ente-

resa del hombre que se sacrifica por el bien de sus semejantes, y después de un rato de triste silencio, contestó:

—Dígame usted, señor cura, ese prisionero, ese herido por quien preguntais, ¿no era un oficial de cazadores?

—Sí, hijo mio,—contestó el cura.

—¿No era un jóven rubio, de bella presencia, hijo de Madrid?

—En efecto.

—¿Y dice usted que su madre se encuentra en Oteiza buscándolo?

—Sí.

—Pues es intento vano. Ese hijo, ese oficial, ese herido, está allí.

Y con un dedo rígido señaló al profundo abismo del Esquinza, cuya negra y espantosa boca se divisaba mucho más sobre la blanca capa de nieve que lo rodeaba.

—¡En el abismo!—exclamó horrizado el sacerdote.

—Sí, ese es su sepulcro: él me robó todo cuanto me hacia feliz en la tierra; él me quitó el amor de la mujer que yo adoraba, y ambos fueron á encontrar su tumba en el fondo de ese precipicio. Desde entonces, padre, mi venganza continúa, y ya hay ahí muchos que han pagado con la misma el delito de ser mis enemigos.

—¡Insensato! ¡te atribuyes las facultades de la divinidad! ¿Quién eres tú para ser el árbitro de las venganzas y de los juicios humanos?

—Soy el hombre que vive entre el deseo de matar, ya que ese es mi destino.

El cura no dijo una palabra más, pero fuése lentamente al borde del precipicio del Esquinza, y allí rezó un responso por el alma del oficial que yacia en el fondo del precipicio, y por las de todos los demás que le habian seguido. Despues, sin decir una palabra, sin despedirse del cabecilla, que continuaba de pié sobre el puente levadizo, sin pedir un momento de descanso, descendió por la misma vereda hasta que desapareció por completo en el silencio del valle.

Desde aquel dia, Rosa Samaniego se hizo más feroz y más sombrío.

CAPITULO VI.

Encarnizamiento con las tropas liberales de Rosa Samaniego.—Acciones perdidas por los carlistas.—El puente de Arnegui.—Huida de D. Cárlos y los suyos.

Desde este acontecimiento, la faccion del cabecilla fué más tremenda, y durante todo el año de 1875, luchó sin descanso contra el ejército liberal, por lo que ni el mismo don Cárlos encontró razones para oponerse á la accion destructora de aquel terrible personaje. Ya no iba á la torre del Esquinza, tenia horror á sus muros, puesto que ellos despertaban en su alma los sentimientos más dolorosos; mas no cesaba de perseguir á sus enemigos, puesto que su venganza de partidario era cada vez mayor. Pero llegó la época en que todas las fuerzas del ejército liberal habian de caer sobre el

Norte, para acabar definitivamente con la guerra, y naturalmente, el ejército carlista, minado ya por los desengaños y el cansancio, quiso preparar el golpe, organizando la resistencia. El conde de Caserta, hermano del ex-rey de Nápoles, fué nombrado para mandar en jefe á los partidarios del Pretendiente. El general carlista Rodriguez, tomó el mando de las fuerzas de Guipúzcoa, siendo su mision especial la de defender las líneas que estaban en frente de San Sebastian, y mantener abierta la frontera entre Lastiola y Endarlaza: Pérula tomó la direccion de las tropas navarras, poniendo su cuartel general en Sarauren al norte de Pamplona, cubriendo los aproches por el valle del Baztan á Francia, mientras que parte de sus fuerzas quedaron encargadas de defender á Estella y sus alrededores, y los cabecillas Carrasa y Ugarte, tomaron sobre sí la defensa de Vizcaya con la division de cántabros, castellanos y valencianos, y todas las tropas carlistas que existian en la estensa línea que desde Valmaseda se estendia á Santa Cruz de Campezu. A estas fuerzas se unieron los tercios y reservas de Vizcaya y Guipúzcoa, menos las tropas de Rosa Samaniego, que tuvieron el especial encargo de formar á retaguardia de Pérula. Se jugaba la última partida, y por aquella vez el cabecilla, cuya historia estamos relatando, se sometió, aunque con violencia, al plan general.

Pero el ejército liberal principió sus operaciones hábilmente combinadas, por el 20 de Enero de 1876, siendo el ejército de la izquierda, quien obedeciendo al plan general adoptado en Madrid, inició el movimiento de avance sobre las provincias del Norte, mientras que el ejército de la derecha cerraba la frontera por el Pirineo y la retirada de los carlistas por el valle del Baztan. El dia 21 se dieron las acciones de Subijana y Morillas: por la línea de Vizcaya, el brigadier Alverni avanzó hácia Valmaseda; el 26 estaban dominadas todas las líneas de aquella provincia y Guipúzcoa. El dia 30, las posiciones de San Antonio de Urquiola son ocupadas por las tropas del brigadier Goyeneche: Primo de Rivera se apodera de Santa Bárbara de Oteiza, y los cuatro fuertes que miraban al Monte Jurra, y por todas partes el fuego y el hierro encerraban en un círculo de muerte á los carlistas, no teniendo éstos otro remedio que ir sucumbiendo al empuje de las tropas. Valmaseda fué ocupada. El general en jefe de la izquierda entró en Bilbao, y pocos dias despues, Estella, la ciudad sagrada de los partidarios del Pretendiente, era tomada por las tropas del general Primo de Rivera.

Desde entonces puede decirse que la retirada del ejército carlista hácia la frontera, fué una especie de dispersion, sin que nadie pudiera detenerlos, pues habia llegado la hora de que terminase aquella causa, y toda la ribera del Arga y del Ega, por donde antes habian imperado las facciones, quedaba limpia de enemigos. Sin embargo, al dia siguiente de la toma de Estella, se dió la accion de Abuesa, y en ella Rosa Samaniego sostuvo toda la fuerza del combate con un valor y una tenacidad extraordinaria. Este feroz cabecilla, como si la más ciega desesperacion dominase sus acciones, estaba, unas veces en las guerrillas, otras en lo más recio de la accion y no parecia sino que buscaba una muerte segura del modo con que se exponia. ¿Qué móviles eran los que impulsaban al terrible guerrillero, cuya sinie tra fama era general, á luchar de aquel modo desesperado? Dos interpretaciones racionales pueden darse á esta pregunta. Era la una de que siendo aquel dia tal vez el último del carlismo, por cuanto por todas partes se veia este rodeado del ejército liberal, Rosa Samaniego buscaba en una

resistencia inconcebible una muerte que el destino ó la suerte le negaba: en la otra, el recuerdo de sus pasados amores y el verse desalojado para siempre del castillo del Esquinza. Aquel hombre dejaba, al huir de su país natal, todo cuanto habia amado, y solo la noche fué lo que le obligó á abandonar las posiciones de Abuesa para dirigirse á Francia.

El dolor y la desesperacion iban con él. Sus más decididos partidarios siguieron aquella noche sus huellas, y á la mañana siguiente se aproximó á la division que acompañaba á don Cárlos en aquella desastrosa retirada. Este se encontraba á la izquierda del general Martinez Campos, que iba extendiendo su ejército por toda la parte alta d[illegible]ra; de un momento á otro podian quedar cerrados todos los pasos, y ya se tenia noticia de que la division del general Blanco, escalonándose en todas las gargantas del Pirineo y en toda la corriente del Vidasoa acabaria por no dejar punto seguro para entrar en el vecino Estado. Aquel mismo dia se habia dado la brillante batalla de Peña Plata y se habia tomado el alto del Centinela, que era uno de los sitios que podian facilitar la retirada: la consternacion estaba esparcida en las filas del Pretendiente, y nadie se atrevia á tomar un partido. Por el Sur subia en numerosas columnas todo el ejército de la izquierda: Guipúzcoa estaba dominada, y en Vizcaya no quedaba un carlista: era casi evidente que aquellos siete ú ocho mil hombres que rodeaban á don Cárlos tenian que verse obligados á capitular, pues el círculo que los estrechaba iba aminorando las distancias á cada momento.

Don Cárlos reunió á los oficiales generales que quedaban á su lado; la noche se habia extendido por completo, y desde el valle que les servia de último asilo, descubria las hogueras y los vivacs de los ejércitos liberales. En aquella angustiosa situacion se celebró consejo á campo raso, y fueron distintos los pareceres: la mayoría opinó porque era imposible la retirada, y que era preciso, ó rendirse ó sucumbir luchando. Entonces, entre el numeroso grupo de oficiales apareció un hombre que hasta entonces no se habia echado de ver, y quitándose la boina, porque estaba delante de su pretendido rey, dijo estas palabras:

—Mientras se pasa el tiempo discutiendo inutilmente, yo vengo á proponer un medio de salvacion para el rey y todos los leales que aquí nos encontramos. No hay más que un punto de retirada, y ese punto está no muy lejos de aquí. Si es que no se quiere que todos nos quedemos prisioneros, es necesario que ahora mismo se dé la órden de marcha.

Don Cárlos, que parecia abrumado ante la adversidad, levantó la cabeza al escuchar estas palabras, y á la luz de la lumbre del vivac, conoció á Rosa Samaniego en el hombre que habia hablado en aquellos términos.

—¿Qué punto es ese que dices?—exclamó con acento triste.

—El puente de Arnegui, señor. El puente de Arnegui está mucho más cerca de nosotros que del enemigo: marchando por medio de este valle, atravesaremos hácia Francia sin que nadie nos vea, dejando á la derecha á Martinez Campos y á la izquierda á Quesada, y mañana al salir el sol, cuando el enemigo se aperciba de nuestro movimiento, ya no tendrá tiempo para obrar.

El consejo del cabecilla era en realidad el único camino de salvacion que quedaba, pues en la exploracion que habia hecho sobre las líneas del enemigo, quedaba plenamente convencido de que el puente de Arnegui no estaba ocupado por las tropas liberales. Interrogado de nuevo sobre las noticias que

acababa de comunicar, dió cuantas explicaciones fueron necesarias. Media hora despues, los últimos restos del carlismo se pusieron en movimiento con direccion á la frontera. La jornada fué silenciosa y triste: quien hubiera podido ver aquella division, envuelta por la oscuridad de la noche, subiendo y trepando por pasos difíciles, sin que se oyese ni una voz, ni un canto, ni una palabra siquiera, los hubiera tenido por un ejército de fantasmas.

Al amanecer, los carlistas estaban al frente del valle del Vidasoa, y el humilde puente de Arnegui estaba despejado y abierto. Al otro lado estaba el territorio francés. Apenas asomaron los primeros rayos del sol, las divisiones liberales emprendieron el movimiento y avanzaron hácia la frontera; pero cuando llegaron, los últimos batallones carlistas arrojaban las armas ó las entregaban á la gendarmería francesa. Don Cárlos se despidió de los suyos por medio de una proclama, y se alejó, Dios quiera que para siempre, de España. El último que se retiró del puente de Arnegui fué Rosa Samaniego: volvia de tiempo en tiempo la cabeza hácia la abandonada patria, como si allí dejase todo lo que habia amado y todo lo que habia aborrecido.

CONCLUSION.

Cuando el cuerpo de ejército mandado por el general Primo de Rivera ocupó á Estella, destacó éste varias columnas en diversos sentidos, ya para limpiar el país de partidas sueltas, ya para recoger depósitos de municiones y armas, y ya para desenterrar algunas piezas de artillería que los carlistas habian escondido en su precipitada fuga. Una de aquellas columnas penetró por el valle del Ega y siguió la marcha, corriente arriba, con direccion á Oteiza, caminando, como era consiguiente, con las precauciones debidas, tanto más cuanto se entraba por vez primera en un terreno que habia estado ocupado por los carlistas desde principios de 1873. El jefe que mandaba la expresada columna llegó á saber, por algunos guias fieles á la causa liberal, de que siguiendo todo el cauce del Ega, se penetraba en un valle cubierto de abundante vegetacion, en el que habia tenido su madriguera el famoso cabecilla Rosa Samaniego, y esto hizo que emprendiese la marcha hácia aquel punto que durante la pasada guerra civil habia adquirido cierta espantosa celebridad.

Pernoctó la indicada columna en un pueblecillo, ó mejor dicho, en unos caseríos, casi arruinados, que estaban situados á la entrada del valle, y en los que quedaba en pié una antigua iglesia, y esperó la venida del dia siguiente para penetrar en el temido y renombrado valle. Los guias, bien por miedo, bien por el respeto que les infundia el tristemente célebre Rosa Samaniego, se resistieron de marcar el camino á la columna; pero cuando no

se sabia de quién echar mano para entrar en el valle, presentóse una mujer de lánguido aspecto, y cuya presencia revelaba cierta distincion, la cual se comprendia, por su traje destrozado y por sus ademanes, que la razon la habia abandonado algun tiempo atrás, y dijo al jefe de la columna que ella se ofrecia á guiar á los soldados por medio de aquellos intrincados matorrales hasta llegar á la madriguera de Rosa Samaniego.

Aceptó el referido jefe el ofrecimiento de aquella mujer, y aunque le hizo diversas preguntas, ella no contestó á ninguna, sino insistió en su oferta; y en efecto, apenas el sol apareció en el horizonte, ella echó andar hácia el valle, viéndose desde luego que conocia perfectamente sus entradas y salidas. Cuatro horas estuvieron marchando por medio de los fresnales y por el fondo del misterioso valle, hasta que torciendo á la izquierda, principió á subir por unas empinadas cuestas con direccion á unas rocas que se descubrian en el fondo. El jefe de la columna vió entonces un castillejo en lo más alto de un peñasco, y la mujer, señalándolo con la mano, dijo, por último, al mismo tiempo que soltaba una extraña carcajada:

—Allí tiene usted, señor comandante, la madriguera de Rosa Samaniego.

En efecto, al cabo de una hora llegó la columna á la fortaleza que ya conocemos, y que estaba completamente abandonada, en donde encontraron armas y municiones en abundancia, con no poco repuesto de víveres lo cual fué todo ocupado por las tropas. Pero cuando se consideró por el jefe de esta que allí debia descansar hasta el dia siguiente, la extraña mujer que le habia servido de guia se acercó á él y le dijo:

—Ahora, señor comandante, le queda á usted por ver lo principal. ¿No ha oido usted hablar de la *Sima del Esquinza*? ¿No ha llegado á noticia del ejército que al otro lado de este castillo hay un precipicio en el cual arrojaba Rosa Samaniego á sus prisioneros? Pues venga usted conmigo y verá esa horrible sepultura donde tanto desgraciado ha perecido.

Siguió el jefe y la mayoría de los oficiales que le acompañaban las indicaciones de la mujer, y habiendo marchado unos cien pasos sobre la meseta del peñasco donde descansaba la fortaleza, se encontraron con que de repente se cortaba este en línea perpendicular, presentando el más espantoso precipicio que podia concebir la imaginacion. La forma de éste era como una media luna imperfecta que se hundia entre multitud de agudos peñascos y arbustos espinosos, por cuya causa sin duda no se descubria el fondo. Cuando todos estuvieron al borde de aquella espantosa mina, la mujer soltó una tremenda carcajada, y exclamó:

—El primero que cayó por ahí, arrojado por Rosa Samaniego, fué mi hijo, mi pobre hijo, que era teniente de cazadores. Despues han caido muchos... muchos... muchos, porque el hombre fiera mataba sus prisioneros de este modo.

La pobre mujer siguió lanzando carcajadas convulsivas, y despues, tomando una carrera que parecia muy superior á sus fuerzas, desapareció por detrás de la torre, sepultándose en los breñales del monte. Con semejante noticia, el jefe mandó á algunos soldados que descendiesen al fondo del valle para reconocer la base del precipicio, y en efecto, obedeciendo estos, y no sin grandes dificultades que vencer, se encontraron, cuando llegaron al sitio prefijado, con multitud de esqueletos humanos, fragmentos de uniformes y cuerpos destrozados de los que se habian precipitado en la espantosa sima. La crueldad de Rosa Samaniego quedaba patentizada de un modo

claro y terminante, y al dia siguiente el jefe de la columna dió parte al general Primo de Rivera del triste descubrimiento que acababa de hacer. Dicho general entonces pasó al valle en donde existia la madriguera del cabecilla, y vió por sus ojos lo que repugna creer hasta á los corazones más endurecidos, dando parte inmediatamente al general en jefe, y éste al Gobierno, de aquella crueldad inaudita.

Despues de diversas exploraciones hechas en el fondo de la sima del Esquinza, y de haberse hecho una relacion detallada de todo lo que habia pasado en aquel triste lugar, se formó la correspondiente sumaria para que los Tribunales exigiesen el tanto de culpa á que era acreedor el cabecilla que habia cometido tamañas atrocidades. Restablecida definitivamente la paz en las provincias, el Juzgado á cuya demarcacion correspondia el valle del Esquinza, hizo numerosas averiguaciones de todo, que unió á la causa, y últimamente acudió al Gobierno pidiendo la extradicion de Rosa Samaniego, como reo de delitos comunes. Este acudió al instante á su embajador en París para hacer la reclamacion oportuna al Ministerio francés para que, conforme con las leyes de extradicion, se pusiera preso y fuese conducido á España el feroz cabecilla, para someterlo á los resultados de la causa que se le estaba siguiendo en rebeldía, y en efecto, estando Rosa Samaniego en Bayona, en calidad de emigrado, fué reducido á prision por la policía francesa, sin que le valieran las protextas que adujo para evitar semejante contratiempo.

Y en efecto, una vez preso el cabecilla, entablóse por el Gobierno español la reclamacion oportuna para que Rosa Samaniego le fuese entregado con la solemnidad debida, conforme con los tratados existentes; pero habiéndose interpuesto por éste en calidad de emigrado político, está por resolver este asunto, en los momentos en que escribimos estas líneas, pues segun parece, el Gabinete francés lo considera como tal y no como reo ordinario, y por eso la vindicta pública no ha podido encontrar una reparacion á la série de crímenes que la triste historia de la pasada guerra civil imputa al célebre cabecilla.

Como nuestro deber es narrar exactamente los hechos, dejamos de hacer las consideraciones que nos sugiere la resistencia del gobierno francés acerca de la cuestion de extradicion. Mientras tanto, el cabecilla continúa preso en Bayona, sin que sepamos el término que tendrá este asunto.

Cumple sí á nuestra tarea, para completar el trabajo que presentamos á nuestros lectores, hacer la descripcion personal del sombrío personaje que ha dado lugar á esta historia.

Rosa Samaniego es alto y fornido, y su fisonomía no revela al pronto la crueldad ciega y apasionada de su caracter: tiene la frente grande, la barba expesa, los ojos negros y cubiertos de una sombra oscura, en donde no se lee ningun sentimiento generoso. La boca es grande, la nariz regular, y el conjunto de su rostro revela uno de esos bandidos que poblaban Sierra-Morena no hace muchos años. Su lenguaje es duro y breve: habla poco, y como los licores no le producen efecto alguno, solo bebe aguardiente, acaso para enervar sus recuerdos, que no dejan de mortificarle, segun aseguran personas que lo han tratado en la emigracion.

Siguiendo su espíritu de venganza ó de partido, dos ó tres veces ha intentado ponerse al frente de alguna partida y volver al antiguo teatro de sus operaciones; pero esto, ya porque no se lo hayan permitido, ya porque

no ha encontrado ocasion oportuna para ello, no ha pasado de la esfera de los proyectos. En su prision se comunica poco y habla menos que de costumbre. Dícese que don Carlos ha hecho vivas gestiones cerca del gobierno francés, para que no sea entregado el cabecilla á las autoridades de España; pero lo que hay sobre el particular no es fácil saberlo, en virtud de que estos asuntos siempre se hacen con reserva y precaucion.

Durante el tiempo que ha trascurrido desde que está emigrado, ha permanecido en la frontera ó en las inmediaciones de ella, asistiendo á los cafés y reuniones carlistas de Pau y Bayona, en donde se le ha visto gastar mucho dinero, fruto sin duda de sus fechorías. Cuéntase que un compañero suyo hubo un dia de recordarle imprudentemente el nombre de Fermina, y entonces el cabecilla, sacando fríamente un revolver, le dijo al que le hablaba:

—Si vuelves á pronunciar ese nombre, te meto una bala en el cuerpo.

Hasta aquí llegan las noticias que podemos dar acerca de este *héroe* de nuestras desgraciadas guerras civiles, y que sin haber alcanzado la fama del famoso cura de Santa Cruz, no le ha ido en zaga, y aun le ha escedido en crueldades y atrocidades. Verdad es que estas no se han destacado con más fuerza, porque han tenido lugar durante toda la guerra civil que acaba de pasar; pero esta vez no ha podido borrar con sus desastres los horrores que ha producido en la humanidad ultrajada el recuerdo de la *Sima del Esquenza*, tumba de tantos desdichados.

FIN.